LIBRO PRIMERO.

DE LA ELOCUENCIA DE LA TRIBUNA.

CAPITULO PRIMERO.

DE LAS CAUSAS QUE CONSTITUYEN EN CADA PAÍS, EL GÉNERO PARTICULAR DE LA ELOCUENCIA PARLAMENTARIA.

Cuatro cosas hay que considerar en la Elocuencia parlamentaria : el carácter de la nacion, la índole de la lengua, los menesteres políticos y sociales de la época, y la fisonomía del auditorio.

I. Si el carácter de la nacion es taciturno y frio como el de los Anglo-Americanos, difícil será conmoverlos. Provistos de infatigable paciencia, ni les cansa el excesivo hablar ni el excesivo escuchar; y si es preciso permanecerán continuas horas sentados al rededor de una mesa para oir un orador, ni mas ni menos que si se tratase de fumar ó beber.

Si, por el contrario el carácter de la nacion es irritable y movedizo como el de los Franceses, bastará tocarlos para que se crean heridos, ó darles la menor palmada en la espalda para que se vuelvan al momento. Los largos discursos fastidian y son insoportables á la viveza francesa, y cuando el francés se fastidia desocupa el puesto y se va; si así no puede efectúarlo, habla con el vecino; y si no puede hablar, bosteza y duerme.

II. En segundo lugar conviene no perder de vista la índole de la lengua.

Si esta es acerba, silbante y algo desdeñosa como la inglesa, se prescindirá del estilo para atenerse al fondo de las cosas, sin que choquen las inversiones ni la cópula de las palabras. Si el genio peculiar de la lengua autoriza el suspender el sentido del

UNIVERS... LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

discurso y transportar al fin el verbo que rige toda la frase, quedará mas sostenida la atencion del concurso. No habrá inconveniente en hacer uso de figuras comunes, máximas proverbiales, términos bajos y vulgares, con tal que sean expresivos; y lo que perderá el discurso en sobriedad y decoro, lo ganará en sinceridad y energía.

Si la lengua es pomposa y dulce como la española é italiana, será la mira principal la sonoridad de los períodos y la cadencia armoniosa de las terminaciones. En los pueblos cuya organizacion es musical se necesita halagar el oido no menos que iluminar el alma.

Pero si la lengua es noble, elegante, delicada, correcta, bruñida, filosófica como la francesa, serán indispensables, para hablar en público repetidos ensayos y hábito contínuo. Si el modo de perorar fuese lento ó flojo, la consecuencia natural será la monotonía, si la diccion fuese precipitada en exceso, la pronunciacion será forzosamente embrollada y confusa. Deben evitarse las palabras campanudas, los epítetos parásitas que se oponen á la efusion del pensamiento y estorban la marcha del discurso; no hay que olvidar que el espíritu de una asamblea francesa es tan pronto, que coge al vuelo el sentido de una frase cuando no está concluida, y que adivina la intencion antes que esté concebida; tan delicado que le repugnan las repeticiones, por mas gala que ostenten los sinónimos; tan puro que lo lastima el menor neologismo, si no se encuadra de un modo brillante ó no resulta irresistiblemente de la situacion de las cosas.

III. La época en que se habla es lo tercer que hay que considerar.

Al tratarse de la demolicion de un órden de cosas caduco y que por do quier se desploma, cuando la opinion ruge y amenaza al rededor de la asamblea nacional, cuando periclitan la patria, la libertad, la constitucion, entónces remonta su vuelo el discurso, se ensancha la expresion al paso que se anima y enfurece, y el desórden apasionado de los sentimientos é ideas, constituye la elocuencia mas persuasiva y poderosa. El auditorio al orador se une, con él se indigna ó se apiada, se subleva ó apacigua, para volver de nuevo á la indignacion ó á la calma. La violencia de los términos, lo hinchado de las prosopopeyas, la ira y el arrebato de los movimientos oratorios, se disimulan y desaparecen en la grandeza fatal é imponente de la situacion. Entonces los partidos prestos á

acometerse, obran mas que escuchan, pugnan mas que discuten. Entonces la saña dirige los golpes y no el arte, y cuando una cabeza depende del éxito de una arenga, no hay humor de pulimentar las frases, ni se estudia la manera de caer con gracia, como el gladiador en la arena, bajo la cuchilla enemiga.

Tal fue la elocuencia revolucionaria, que no debemos juzgar en el dia por las reglas del gusto ni examinar con fria razon, sino atender á lo agitado de la época, á las trasformaciones extraordinarias de la opinion, á los mortales enconos de los partidos, á las reacciones del exterior, la exaltacion de los ánimos, lo nuevo é imponente de los acontecimientos, los inminentes peligros de la patria.

Pero cuando tranquila es la época, cuando no se halla agolpado en las fronteras el enemigo, cuando reina en la ciudad la abundancia y la alegría, cuando no se deciman entre sí los partidos para arrancarse el mando y la victoria, cuando se solicita el ser diputado, no como puesto de peligro, sino como rica explotacion de honra y lucro, cuando la lucha tan solo estriba en los principios y el derecho, entonces el recurso á estos medios violentos y figuras declamatorias seria cuando menos ridículo, pues no seria necesario ni natural, y encontraria helados á los que eran de fuego, y haria reir á los que antes hacia llorar. En cada época cuadra su elocuencia propia.

IV. Otra condicion y la cuarta que requiere el discurso es considerar ante quien se emite.

En efecto no hay que pensar en decir en una cámara lo que se diria al pueblo. Este apetece los ademanes expresivos que se aperciben de lejos y encima de las cabezas de la multitud, no menos que las voces acaloradas y vibrantes. Así con él hay que ser natural y no andar con muecas ni ardides. Si el orador popular siente humedecerse sus ojos, no debe contener las lágrimas que se asoman; si su pecho hierve de indignacion, que corra esta suelta. El orador popular debe ser verdadero, bullicioso, patético, preguntar y responder, y volver á preguntar; no preocuparse del enlace de las palabras sino de las ideas, ó, por mejor decir, ni de uno ni de otro, pues la pasion posee una lógica mas condensada é irresistible que el razonamiento. Figuras sorprendentes, agitaciones rápidas, mezcladas de cierta pausa, tal es la elocuencia que conviene á la multitud de todas las naciones. En Francia, pais fisgon, no está de mas agregar una dósis ligera de ironía fina ó amarga.

El pueblo no comprende una argumentacion descarnada ó metafísicamente sutil, y excusado es abrumar su inteligencia procurando descubrir los vínculos abstractos que ligan entre sí dos silogismos. Así debe evitar sobre todo el orador popular, que su pensamiento quede por decirlo así despellejado, en términos que puedan contarse los músculos, tendones y huesos; sino al contrario cubrirlo de carne, comunicarle movimiento, vida, color, travesura, y hacer que en él lata y se sienta la vida.

No hay nada que halague tanto la imaginacion del pueblo como las figuras, nada que tanto cuadre con su genio como los movimientos de la pasion. Conviene hablarle de patria, de justicia, de libertad, si se quiere ser comprendido, que se inunde su rostro, que el corazon sempatice con el orador. ¡La patria! es casi siempre, el único bien que posee. ¡La justicia! la desea para los demas pues la quiere para sí. ¡La libertad! es su necesidad, su derecho, su fuerza, el medio para entrar algun dia en posesion del imperio de la tierra. Sí, el pueblo vale mas que los que lo calumnian. Si se extravia y corre al abismo, se corre tras de él, se le pone un freno en la boca y sigue dócil á su conductor; si se le dice: no murmures, se calla; haces mal, responde, es cierto; no debes escuchar mas que la razon, y la escucha; no debes vengarte, y envaina la espada; debes combatir y morir por la patria, y combate y muere.

Mas no sucede lo mismo con una asamblea de hombres gastados no solo en lo tocante á las agitaciones del alma, sino igualmente en lo relativo á los goces del espíritu y de los sentidos, cuya mayor parte ha servido gobiernos diversos, prestado mas de un juramento y corrido muchas fortunas; entes en verdad desventurados que perdieron las ilusiones de la juventud, de la virtud y la libertad, entes de corazon marchito y de vida exhausta. Los que poseen muchas riquezas se ven atormentados, menos por el deseo de acrecentarlas, que por el de perderlas; los que tienen empleos quieren conservarlos; los que no los tienen corren en busca de ellos. En tal disposicion de espíritu los que dirigen la asamblea tienen tan solo tres resortes que tocar: el egoismo, la codicia y el miedo, y con estos tres resortes mueven á su antojo tantos míseros muñecos. En su comedia parlamentaria todos los papeles están ya convenidos y distribuidos de antemano, y el apuntador se halla en su debido lugar. Consta anticipadamente quien saldrá á la escena, lo que se dirá, lo que será omitido, eludido,

y aun decidido. Conviénese de parte y otra las palabras que hay que decir, anotados son los votos, y hecho el escrutinio por los impresarios, mucho antes que resuenen en la urna las bolas y caiga el telon.

Hay que decirlo sin rodeos: los ademanes y actitudes de los Sofistas, y la sonora y amplificada belleza de sus frases, no tienen mas resultado que el lisongear nuestra vanidad literaria, y halagar nuestra vista y oido. No admite duda que una bella arenga que en poco ó nada puede influir en opiniones ya formadas, podrá tal vez atraer las opiniones flotantes de un partido; pero es dudoso que el mismo efecto produzca una argumentacion sutil, una palabra chistosa, un número inesperado. Los dialécticos y los mañosos agrupadores de guarismos, no tienen mas efecto en nuestras asambleas que los oradores, de los cuales cada uno se desconfía y se precave como si fuesen hechiceros.

La elocuencia no ejerce toda su accion, su accion fuerte, simpática y persuasiva sino sobre el pueblo. Véase O'Connell, el mayor, el solo orador de los tiempos modernos. ¡Qué coloso! ¡como se eleva á toda su altura! ¡Como domina su voz de trueno las olas de la multitud! Yo no soy Irlandés, ni jamás he visto á O'Connell, ni conozco su lengua, y sin embargo, si lo oyese, me parece que lo comprenderia. ¿A qué debe atribuirse que, mas que todo lo que he oido en mi pais, me conmuevan sus arengas mal traducidas en nuestro idioma, descoloridas, truncadas, despojadas del prestigio del estilo, de la voz y el gesto? A que en nada se asemejan á nuestra retórica atormentada por la perífrasis; á que al orador irlandes inspira la pasion, la verdadera pasion, la pasion que puede decirlo todo, y todo lo dice en efecto; á que me arranca de la orilla, rueda conmigo y me arrastra en su torrente; á que cuando se estremece yo me estremezco, cuando se acalora yo me siento arder, cuando llora se asoma el llanto á mis ojos, cuando exhala ayes su alma se enajena la mia; á que enfin me arrebata en su vuelo y me sostiene en los santos transportes de libertad. Bajo la impresion de su admirable elocuencia, abomino y detesto con implacable saña los tiranos de esa infeliz comarca; y, como si fuese conciudadano de O'Connell, llegó á amar la verde Irlanda casi tanto como mi patria.

¿Pero, qué podria hacer ese mismo O'Connell en nuestras asambleas de empleados asalariados? En el momento de enternecerse, sentirian estos que les tiran del faldon del frac, y verian acudir sus

esposas afligidas con la cuenta de la modista, el casero con la del alquiler, el fondista con la de la comida, y los maestros con el trimestre de la pension de sus hijos. ¿Qué efecto puede tener la elocuencia en gentes que firman recibos al estado? ¿Qué orador puede hacer impresion en esos diputados estipendiados que lanzarán con toda la fuerza de sus pulmones, este grito heróico: « No se nos arrancará nuestro sueldo sino con la vida? »

CAPITULO II.

DE LOS DIVERSOS MODOS DE DISCURRIR.

Hay tres clases de oradores: los que improvisan sin saber lo que van á decir, los que recitan lo que aprendieron, y los que leen lo que han escrito.

I. Los Improvisadores descuellan en el exordio, y saben bien por donde deben comenzar, si bien se ven apurados para concluir. Conducidos por el hilo de su discurso, recorren prados, bosques, ciudades, montañas, sin acertar á echar el áncora ni abordar en puerto alguno. Esta clase de oradores acumulan peroraciones, rara vez hay menos de cuatro; pero, bajo el punto de vista oratorio, ¿cual es el fin de estos fines? Temerosos de caer, se agarran á la barandilla de la tribuna, y se detienen en cada escalon; pero á menudo sucede que resbalan ó pierden el equilibrio en el último.

Cuando están hinchados del viento de la improvisacion, se parecen á esos globos lisos, ruidosos y elásticos que sucesivamente suben y bajan reflejando los rayos del sol; pero desde que pierden el viento que los llena, se vuelven un pellejo aplastado y arrugado que se arroja á un rincon.

II. El Recitador no mira á la asamblea, sino se retira y concentra en sí mismo, alojándose en las estancias de su cérebro en el cual todas las frases se hallan convenientemente distribuidas, frases que convoca mentalmente, y que da á luz una despues de otra.

A veces el Recitador procede por arranques y habla de prisa, pues teme que se deshilen y caigan las cuentas de su rosario; otras veces, al contrario, se para como por descuido, para hacer creer que busca las palabras y que no las encuentra con tanta